

## APUNTES SOBRE LA CRISIS DE REPRESENTATIVIDAD PARTIDARIA<sup>1</sup>



ENRIQUE CORREA RÍOS

PROYECTAMÉRICA

Comienzo haciendo un breve resumen de lo que a mi entender son las ideas principales de Patricio Zapata en su artículo «Representatividad de los partidos políticos». El autor centra su análisis de la representatividad a través de la descripción de dos vertientes dicotómicas: a) la *representatividad con presencia*, el sentido generalmente atribuido al término en democracia: «un grupo de individuos —dice él— que sirven de vehículo (*de medio*) para los efectos de hacer presente la voluntad de un grupo mayor de personas»; y, b) la *representatividad por evocación*, «la capacidad de una élite de visualizar, comprender, asumir y proyectar, eficazmente cuáles podrían ser los intereses y deseos del resto de la población».

Así, la mayor o menor representatividad de una «élite dependerá tanto de su capacidad para leer certeramente los estudios y encuestas, como de su flexibilidad para responder a los cambios de la sociedad y los vaivenes de la opinión».

Zapata afirma categóricamente la necesidad insustituible de la *representatividad con presencia*, y para ello pone como ejemplo la diferencia entre sacramento y rito. Aquélla, como en el sacramento, entiende que lo propio y singular de la representación es la real presencia de aquél en cuyo nombre se actúa; por el contrario la *representatividad por evocación* se conforma con la utilidad simbólica que pueden seguir teniendo ciertos ritos externos de la democracia, como las elecciones, pero no cree posible o necesario que el pueblo real se haga presente.

---

1. Comentario al artículo «Representatividad de los partidos políticos» de Patricio Zapata Larraín, publicado en este mismo volumen (pp. 235-243).

Por otro lado, Zapata manifiesta la importancia de la *representatividad con presencia* porque captura mejor la esencia de la representación democrática, ya que la otra «sobreestimaré los intereses y deseos de los grupos mayoritarios o más influyentes». La *representatividad por evocación* refuerza la alienación de los grupos infrarrepresentados presencialmente. En ese sentido, es útil para objetivos tácticos electorales o para coyunturas de transición, no sirve en el largo plazo y nunca podrá ser sustituto de la otra.

Finalmente, Zapata se pregunta si existen incentivos para que los partidos políticos exploren en serio reformas que mejoren la *representatividad con presencia*. Desde una perspectiva cínica —afirma— no tendrían ninguno; pero, si son responsables, requerirán una clase dirigente que sea capaz de mirar un poco más allá del corto plazo.

He tratado de resumir hasta aquí los principales conceptos del artículo de Patricio Zapata; una vez dicho esto, quisiera hacer algunos comentarios más bien de descentramiento y exploración, que contribuyan a profundizar la discusión acerca de la representatividad de los partidos.

#### NUEVOS ACTORES DE LA REPRESENTATIVIDAD

Quiero detenerme en la crisis de representatividad de los partidos políticos en la que muchos de nosotros coincidimos.

En primer lugar, como ustedes saben, se ha producido un fenómeno que aún no se ha documentado suficientemente en el país y que tiene que ver con la importancia de los medios y la tecnología en las nuevas formas de representación y, por tanto, en el desplazamiento de las representaciones políticas tradicionales.

Hoy la televisión interpela más al individuo desde el punto de vista político que los propios partidos. La política está mediatizada; frente al declive de la afiliación partidaria los medios de comunicación se han transformado en la principal usina de información política para el ciudadano.

En segundo lugar, es necesario mencionar la idea de que por primera vez la población vive en el mismo entorno informativo que el Estado y el gobierno, a raíz de la centralidad de los medios en la sociedad contemporánea. «El Estado y el gobierno ya no tienen un dominio de información separado de la mayor parte de la población que gobiernan», afirma Giddens. Por tanto, ni los partidos ni el Estado tienen el monopolio de la información política, y este fe-

nómeno repercute fuertemente en las formas de representación y de legitimidad.

En tercer lugar, lejos de igualar, la anulación de las distancias, las transformaciones en el tiempo y en el espacio, el aquí y ahora de la globalización tienden a polarizar y a dividir. Emancipan a algunos de nosotros hasta de las restricciones territoriales, pero otros son subsumidos y despojados incluso de la identidad que éste les confería.

Al vivir en la incertidumbre, se produce inseguridad y desazón, se incrementa la desconfianza y se debilitan los vínculos sociales. Las señales que está dando en este sentido la sociedad chilena, su búsqueda más allá de la lógica del mercado de vínculos afectivos, de contacto y de pertenencia, parecerían reflejar su reacción ante esa incertidumbre, pero esa búsqueda claramente se encuentra por fuera de la órbita tradicional de representación y, por supuesto, de la gramática partidaria que conocíamos.

En ese sentido, para Touraine los fundamentos mismos de la política representativa se hallan socavados, entre otras cosas porque actualmente ningún grupo social parece portador de los intereses generales de la sociedad como antaño (la «nación» o la «clase»). Además, porque «el recurso a la historia se ha debilitado y ya no creemos en la sucesión de formas históricas; y porque se han disociado el Estado y la sociedad».

En resumen, la crisis de la representatividad de los partidos políticos es el resultado de un conjunto muy extenso de fenómenos como los que hemos mencionado acá. Por tanto, no sólo es atribuible a los partidos, sino más bien se debería entender como un proceso que se da a pesar y al margen de éstos.

#### EL CAMPO DE CONFLICTO ENTRE POLÍTICA, MEDIOS Y OPINIÓN PÚBLICA

Por otra parte, quiero hacer referencia a la afirmación que hace Zapata de que la mayor o menor representatividad de una élite dependerá tanto de su capacidad para leer certeramente los estudios y encuestas, como de su flexibilidad para responder los cambios de la sociedad y los vaivenes de la opinión.

Al respecto quisiera complejizar esta afirmación remitiéndome a la definición de *comunicación política* que hace Dominique Wolton (quien nos visitó recientemente durante el Foro de Biarritz), y al papel que le otorga a las encuestas, no como un lugar pasivo de lectura

de las élites, sino por el contrario como el espacio por excelencia de representación de la opinión pública.

Wolton afirma que «la comunicación política es el espacio en que se intercambian los discursos contradictorios de los tres actores que tienen legitimidad para expresarse públicamente sobre política, y que son los políticos, los periodistas y la opinión pública a través de los sondeos». Es necesario pasar —dice— de una actuación de a dos (políticos-medios) a una de a tres (políticos, medios, sondeos).

La *comunicación política*, entonces, como lugar de enfrentamiento de los discursos referentes a la política y cuyo reto es el dominio de la interpretación política. La definición de Wolton hace referencia a la idea de «interacción de discursos contradictorios que sostienen actores que no tienen ni la misma categoría ni la misma legitimidad pero que por sus posiciones respectivas en el espacio público constituyen, en realidad, la condición de funcionamiento de la democracia».

De acá se pueden sacar muchas conclusiones según se analice la interrelación entre cada uno de estos tres actores, pero me detengo sólo en una de ellas: que las acciones políticas de gran amplitud corren el riesgo de ser impopulares, de no ser comprendidas y por tanto de no ser acompañadas por los números de las encuestas. Cuanto más confiable y fiel es la representación de los estados de la opinión pública, dice Wolton, es más difícil para los políticos actuar. Por tanto, en algunas ocasiones los políticos y las élites deben proceder incluso en contra de esos números. Una afirmación polémica y desafiante que simplemente consigno para la discusión.

En resumen, no sería posible hablar de representación sólo en referencia a la política, sin entender la representación de la opinión pública a través de las encuestas; además, por supuesto, de la representación que ejercen los medios, a mitad de camino entre la política y la opinión pública.

#### LA DISPUTA ENTRE DEMOCRACIA REPRESENTATIVA Y DEMOCRACIA PARTICIPATIVA

Finalmente, y quizá lo más importante que quiero exponer en esta oportunidad, es referirme a una de las discusiones más vigentes en Latinoamérica actualmente: la que se plantea entre democracia representativa y democracia participativa como categorías antitéticas.

Esta discusión no se ha manifestado abiertamente en Chile (por una serie de motivos que sería largo detallar), sin embargo, está pre-

sente en muchas partes del mundo y puede ser valiosa para discutir los conceptos de *representatividad con presencia* y *representatividad por evocación* que plantea Zapata.

Se parte del supuesto de que la democracia representativa está vinculada a las élites, mientras que la democracia participativa (plebiscitaria o directa) reflejaría de mejor manera a la «sociedad civil».

Quienes se inclinan por la crítica al sistema a través de este clivaje, parten del supuesto de que las élites gobernantes, si bien han sido elegidas a través de mecanismos formales y representativos, ya no responden a las demandas de la sociedad. Aunque parezca un contrasentido, la democracia representativa ya no «representa».

Estos movimientos críticos son un producto típico de la globalización, y han logrado éxito siguiendo sus reglas fundamentales. Si bien intentan atribuirle a la democracia un carácter «participativo», proponen también respetar la esencia de este sistema de gobierno (el pluralismo y la representatividad).

Sin entender este clivaje, difícilmente podamos comprender la emergencia de movimientos políticos o liderazgos de características novedosas en nuestras sociedades, que buscan democracias «con apellido», o los vaivenes de muchas sociedades respecto a ambas.

Es lo que yo denomino entusiasmo por las oportunidades y temor al desamparo en las sociedades latinoamericanas. Si lo que predomina es el temor al desamparo por sobre el entusiasmo por las oportunidades, la gente corre detrás de los caudillos, de sus propuestas de democracia «con apellido», y entonces los sistemas políticos democráticos colapsan, o sobreviven apenas en medio de graves crisis, como ocurrió en su momento en Argentina, o como ocurre ahora en Venezuela y Bolivia.

En ese sentido, pensar que la democracia en América Latina se reduce a lo meramente procedimental o simplemente a la garantía de libertades, mientras las grandes mayorías buscan mejores condiciones de vida, movilidad e inclusión social, es un reduccionismo peligroso que pueden poner en duda hasta el propio sentido de la democracia.

Y como bien dice Norberto Bobbio es necesario «demandar a la democracia un compromiso, a la vez que con la libertad, con una mayor igualdad en las condiciones materiales de vida de la gente».

Es que, como los latinoamericanos hemos tenido la ocasión de comprobar, la elección popular de los gobiernos, el respeto a los derechos políticos y civiles (las libertades de asociación, expresión, etcétera), no bastan para sostener el orden social. Si la política se redu-

ce al núcleo o base constituida por estas instituciones, entonces sólo tiene un sentido limitado. En Latinoamérica estamos obligados a asegurar, progresivamente, los derechos económicos y sociales de los ciudadanos, como método para proteger sus derechos propiamente democráticos, esto es, sus derechos políticos y civiles.

Haberlo entendido así, desde mi punto de vista, es una de las causas del éxito del Chile democrático y de los partidos que lo hicieron posible.

Pero es ingenuo sólo mirar el pasado. Hay que aprender de él y enfrentar los desafíos para el futuro, para ello necesitamos nuevos mapas y brújulas que nos permitan orientarnos y, en ese marco, la discusión sobre la representatividad y la reforma de los partidos, cobra otro sentido.